

aleman, el hecho de haber dado á sus hijos y á los meses del año nombres alemanes, el de residir con preferencia en Alemania, y el haber fundado en este mismo país conventos y ciudades, y finalmente alega el valor heroico de los alemanes, que no se dejaron vencer por César y Augusto, dueños del mundo, y que mucho menos habrían soportado el yugo de unos franceses que no podían compararse con aquellos.

El autor pasa despues á declarar una mera casualidad la presencia de las flores de lis en los escudos de Francia y de Estrasburgo, coincidencia singular, pero que no autoriza á sacar consecuencias de ella, y concluye su obra diciendo con noble patriotismo: «Somos alemanes y no franceses, y nuestro país debe llamarse Alemania y no Francia, porque son alemanes los que lo habitan. Este hecho lo reconocieron ya los romanos, porque cuando nos hubieron sometido, es decir, á los *alamanos* del Rhin, habiendo pasado este rio, vieron que los habitantes de la otra orilla se nos parecían en estatura elevada, valor y arrojo, cabello rubio, género de vida y costumbres, y nos llamaron germanos, que quiere decir *hermanos*. Cierto es tambien que nosotros, descendientes de estos germanos, no nos parecemos á los galos verdaderos ni en el color del cabello, ni en el idioma, ni en los rasgos de la fisonomía, ni en carácter, ni en costumbres. Por esto con razon conserva nuestra ciudad y toda la Alsacia las libertades del imperio romano, y las conservará en adelante á despecho de las tentativas de conquista y de persuasion de los franceses.»

Este escrito produjo á su autor grandes elogios de parte de sus amigos y partidarios, y entre otros entusiasmó á un poeta jóven, que le llamó otro Camilo, diciendo que habia vuelto á fundar la Alsacia; que era otro Licurgo porque habia aconsejado medidas legislativas á su ciudad patria, y otro Numa porque habia dado una especie de consagración divina á la existencia y Estado de Alsacia. La satisfacción de Wimpfeling fué amargada por una crítica de Murner, publicada con el título de *Nueva Germania*, en cuyo escrito Murner rebatió uno por uno todos los argumentos del autor de *Germania*. Dice que varios reyes de Roma habian sido de raza gala, entre ellos Carlo-Magno, aunque despues tuvo el capricho de pasar por aleman, que el Rhin no habia sido nunca rio aleman, sino la frontera de Alemania, que la Austrasia habia formado parte de la Galia, pues que pertenecía á los dominios de Clodoveo. Wimpfeling habia sacado de algun dicho popular en Alemania relativo á Pipino que este habia sido aleman, y contesta Murner que de esta manera podia sostenerse tambien que el rey Salomon habia sido aleman, pues que se oía con frecuencia la expresion: «Aunque tuviera la ciencia de Salomon, no podría entender eso.» Tocante á la independencia de los alemanes dijo que solo duró el tiempo en que fueron paganos, pues en cuanto admitieron el cristianismo se mostraron y han mostrado despues siempre dispuestos á admitir todos los yugos.

Búrlase Murner de los siete autores que su contrario habia citado en apoyo de su tesis y tambien de la importancia que Wimpfeling daba en su escrito al nombre de *germanos* con que Tácito designó á los alemanes, y despues de hacer resaltar con orgullo la consonancia de los dos escudos de armas respecto de la flor de lis dice: «Jamás fuimos esclavos de los galos ni lo somos ahora, porque Carlo-Magno nos agració con la libertad.»

Con este arranque de patriotismo germánico destruyó Murner aparentemente el objeto que en este trabajo se habia propuesto, pero él lo explica diciendo que queria evitar «que los alsacianos fueran la risa de todo el mundo, que faltaran á la gratitud que debían á los franceses que les habian llevado el cristianismo y muchas instituciones benéficas, y por úl-

timo, que deseaba evitar el peligro de que, despreciando á los franceses se engañaran los alsacianos á sí mismos y cayeran mas pronto en las redes de la Francia.»

Este escrito, ridiculizado y desacreditado por los patriotas del partido de Wimpfeling, no deja de ser un trabajo valiente, porque atacaba el patriotismo exagerado de engreidos latinistas que entre ellos formaban un verdadero gremio y solo elogiaban las producciones de sus colegas. Murner escribió perfectamente en aleman, siendo la *Nueva Germania* casi la única obra suya escrita en latin. No era latinista erudito, pero trabajaba para popularizar los estudios y conocimientos de los humanistas, lo cual bastó para que estos le mirasen siempre de reojo. Muchas son en cambio sus poesías alemanas, principalmente sátiras en que atacaba la corrupcion del clero. No hay que buscar ni número ni originalidad en sus trabajos, pero siempre dan muestras de talento y agudeza, cualidades que faltaron al autor á quien mas imitó Murner, á saber, Sebastian Brant (1457-1521), que era otro Wimpfeling; patriota corto como este y que compartía su opinion en literatura como en todas las demás cuestiones.

Sebastian Brant habia nacido en Estrasburgo, donde fué nombrado secretario municipal despues de haber pasado en calidad de profesor bastante tiempo en la universidad de Basilea. Escribió mucho, pero principalmente en verso, sobre cuestiones políticas y religiosas, cuentos, sucesos que ocurrieron en la ciudad, elogios de sus amigos y de varones eminentes de otros tiempos, haciendo tanta gala de metros antiguos clásicos que á fuerza de querer elevarse á gran altura, valiéndose de todos los recursos del arte, olvidada la poesía verdadera y se hace prosaico. Sus descripciones no dejan, sin embargo, de ser graciosas y picarescas, como la del *Buque de locos*, que le ha dado su celebridad, gracias á la traducción en latin que hizo Locher, al cual, como adversario de Wimpfeling atacó en cambio en versos de una manera indigna y hasta grosera. Era tan apasionado por la poesía que segun su propia expresion ni sus obligaciones de secretario del municipio ni sus otros trabajos históricos y jurídicos podían impedirle beber en la sagrada fuente de las musas. Segun costumbre, trasformó su apellido aleman Brant en Ticio, como mas armonioso; aprendió el griego bajo la direccion de Reuchlin, y lo cultivó con amor mientras vivió, sin que por esto se hiciera del partido de su maestro, y si este le nombró en sus célebres «*Cartas de los hombres oscuros*,» fué por la energía con que atacó á los monjes dominicos, enemigos furibundos de Reuchlin.

La causa de encontrarse Brant, católico fanático, en el mismo terreno respecto de estos frailes que Reuchlin, fué la cuestion de la Concepcion Inmaculada de la Virgen, declarada dogma por el concilio de Basilea, que duró desde 1431 hasta 1433 y cuyas resoluciones carecen de la aprobación pontificia, por lo cual aquel concilio no ha sido reconocido en Roma nunca por verdaderamente ecuménico. El dogma nuevo no fué admitido sino á fines del siglo xv por algunas facultades de teología; pero encontró celosos defensores, especialmente en Alsacia, figurando entre ellos en primer término Wimpfeling y Brant. Este último funda su opinion en las poesías que compuso en honor de la Concepcion Inmaculada, en su devoción á la Virgen, devoción que no le permitía admitir para la madre de Dios un origen mundano, y en la omnipotencia de Dios, para el cual todo es posible. Quizás influyó tambien en su celo la circunstancia de que el dogma habia sido proclamado en Basilea, donde estuvo establecido muchos años.

Los frailes dominicos se mostraron contrarios al dogma, pero no atreviéndose á desconocer la autoridad del concilio dirigieron sus ataques á sus defensores seglares, los cuales

encontraron un poderoso auxilio en la órden de San Francisco, desde largo tiempo hostil á la de Santo Domingo. Los franciscanos aprovecharon esta ocasion para obtener un triunfo ruidoso sobre los dominicos, y despues de haberse atacado mutuamente en sermones y disputas públicas, sin llegar á convencerse unos ni otros, enconándose por el contrario los combatientes cada vez mas, nombraron árbitros los franciscanos á Brant y los dominicos á Tomás Wolff, en Estrasburgo. Los dominicos no se dieron por satisfechos con el fallo, y apelaron á Roma; pero el papa se contentó, sin decidir el fondo de la cuestion, con mandar, refiriéndose á un breve de uno de sus predecesores, que los dos partidos opuestos se abstuvieran de llamarse herejes unos á otros. Entonces publicaron los dominicos un escrito violento contra Brant, el abogado de sus contrarios, acusándole de haber querido ser mas sabio que el papa, de pretender llegar á serlo, pidiendo que se le quemara vivo, porque no merecia salvacion ni en este mundo ni en el otro. A esto nada contestó el defensor de la Inmaculada Concepcion, seguro de que el tiempo le daría la victoria, y no se engañó; respecto de las injurias personales no podia quejarse, porque á su vez habia llamado á su adversario asno y bellaco, y le habia deseado la lepra, y que le fuese destrozada la lengua con ortigas y espinas.

Los dominicos, ciegos de furor, meditaron y pusieron por obra una treta para ridiculizar á los defensores de la Concepcion Inmaculada, treta que les salió mal. Confiaron la ejecucion á sus hermanos de Berna, y estos eligieron para la farsa á uno de sus hermanos legos, un tal Juan Jetzer, tonto rematado, al cual se aparecieron los otros, disfrazados de santos, por espacio de muchas noches en su celda, ó de día durante la misa. Otras veces hacían que viera hostias ensangrentadas; se le apareció la Virgen llorando y le confesó que habia sido concebida en pecado, y finalmente abusaron tanto del infeliz, que en una de las apariciones le imprimieron en el cuerpo, con un hierro candente, las llagas de Cristo, para tener tambien como los franciscanos un laggado en su órden. Esto era ya demasiado; el pobre Jetzer, que antes habia sido sastre y habia entrado en el convento para tener una vida tranquila y regalada, conoció la superchería; consiguió evadirse y denunció á sus atormentadores. Se formó la consiguiente causa; los cuatro pobres frailes que habian representado la comedia, fueron quemados, y los dominicos todos quedaron chasqueados completamente. Esta farsa cruel y escandalosa se efectuó en el año 1509 é hizo un ruido inmenso, siendo llamado generalmente el *crimen de Berna* (*Bernense scelus*). Los adversarios de los dominicos no perdieron la ocasion y divulgaron la derrota de estos en cartas, poesías y folletos, grandes y pequeños, escritos en latin y en aleman, y durante mucho tiempo fué este crimen de Berna un arma favorita y terrible contra todos los frailes en general en manos de los humanistas liberales.

Brant no debió de quedarse atrás en los ataques que dirigieron contra la órden de Santo Domingo, porque todavía en 1512 escribió un diálogo entre Vulcano y San Francisco, en el cual Vulcano refiere al santo el suceso desde su origen y obtiene de él la aprobación de la quema de los cuatro frailes culpados. Este diálogo, que acaso estaba destinado á ser una contestación á los versos calumniosos que sus contrarios no cesaban de publicar contra Brant, no fué impreso porque los dos bandos se reconciliaron por órden expresa del papa, y Wirth, el predicador de los dominicos, tuvo que retractarse públicamente de las injurias que habia prodigado á Brant y á otros adalides de los franciscanos y de la Inmaculada Concepcion.

Brant era católico sincero y entusiasta, y así lo demuestra

tambien en su obra principal, *El buque de locos*, que le ha valido su fama en la posteridad. En este poema se destacan como ideas fundamentales el celo religioso del autor y su deseo de defender el imperio germánico contra los turcos. No se cansa de proclamar á Jesucristo cabeza de la Iglesia, al cual todos han de procurar imitar; ni de recomendar la confianza en Dios, preferible á la confianza en los hombres, así como el respeto á la persona y autoridad del emperador, ni de excitar á todos los miembros del imperio á secundar los planes del jefe, que redundan en bien de todos. A los que no cooperan con él, á los príncipes díscolos que en lugar de ayudarle solo miran por sus intereses particulares ó quieren vender su cooperacion á cambio de ventajas personales, trata en términos durísimos, como tambien á los sacerdotes que en vez de ser auxiliares de Cristo son sus enemigos. Además satiriza, como era costumbre entonces, á las mujeres y á la gente del campo, sin perdonar á los nobles, porque si declara indignas de las atenciones á que les da derecho su sexo á las mujeres entregadas á la vanidad, al lujo y á la inmoralidad, y si echa de menos en la clase labradora la antigua sencillez y la moralidad, tan alabadas y tan difíciles de recobrar, en cambio advierte tambien á los nobles lo transitorio de las grandezas y vanidades humanas, se rie del orgullo con que miran sus blasones y la antigüedad de su nobleza, y dice que para él no es noble el que no tiene virtud, ni buena conducta ni honra, aunque su padre haya sido un príncipe.

Brant no tenia estro poético, ni menos número creador, ni siquiera supo dar á los asuntos de sus obras, tomados laboriosamente de autores antiguos y de la Biblia, una nueva forma artística; si se le ocurría alguna idea feliz, no la sabia aprovechar, como se ve en su *Buque de locos* que es un título como cualquier otro, porque fuera del nombre no hay en esta obra ningun detalle de buque. Ni tenia grandes concepciones ni sabia interesar al lector con rasgos característicos de la vida usual; era un moralista prosaico que hablaba en versos bastante bien contruidos. Tampoco era artista, aunque dibujó y grabó él mismo las viñetas con que van adornadas muchas de sus obras, en especial su *Buque de locos* (1), porque no muestran genio ni habilidad técnica. La grandísima aceptación que obtuvo esta última obra en el pueblo aleman, y su traducción latina hecha por Locher en el gremio de los literatos, fué debida á su sencillez, que la ponía al alcance de todos, á los grabados intercalados en el texto y á la mezcla feliz de pensamientos, unos aplicables á todos los países y tiempos, y otros que en aquella época estaban en la mente de todo el mundo.

Wimpfeling, Brant, y como ellos la mayor parte de los literatos alsacianos, no habian salido de Alemania, y aun habia criticado Brant á los célebres marinos de su época y en general á todos los viajeros, diciendo que mal podían servir á Dios los que no permanecían en un punto fijo. No pensaban así los de Augsburgo, que por su comercio y posición geográfica tenían desde antiguo relaciones con Italia. Estas relaciones se habian aumentado mucho mas en la época del Renacimiento, por cuya razon Augsburgo, ciudad de patricios, fué una de las primeras que abrió sus puertas á la nueva civilización. Su apóstol habia sido, como ya sabemos, el jóven patricio Segismundo Gossembrot, que desde su llegada de Italia habia hecho una valiente y activa propaganda en su ciudad patria á favor del cultivo de la literatura antigua, y habia encontrado un poderoso auxiliar en el convento benedictino de Santa Afra, que instaló en sus muros una imprenta en 1472

(1) Se atribuyen hoy, con mucha probabilidad, á un tal Martin Schon, de Colmar. (N. del T.)

y atrajo el clero a los estudios clásicos; mientras otro patrio, Conrado Peutinger, los divulgó entre los seglares, haciendo de su casa el centro del nuevo movimiento literario.

Conrado Peutinger, que vivió desde 1465 hasta 1547, había hecho sus estudios en Italia desde donde regresó a su ciudad natal en 1485 con el título de doctor en jurisprudencia y un caudal de conocimientos de los autores clásicos de la antigüedad. Muy diferente de los demás literatos alemanes, que una vez en Italia miraban con desprecio las carreras científicas y solo se aplicaban al latín, a la poesía y demás estudios literarios, Peutinger, más práctico, había seguido además de los estudios clásicos una carrera positiva y reproductiva, y siendo rico admitió empleos importantes que necesitaban genio, actividad, talento y una instrucción sólida. Al mismo tiempo no descuidaba los estudios literarios, a los cuales era muy aficionado, y además era comerciante; todo lo cual refleja sus cartas, que sin estar escritas en latín clásico y sin tener galas ni floreos retóricos, presentan tanta más riqueza de datos y de sustancia. En sus demás escritos, especialmente en los históricos, que eran los que más le gustaban, se conoce igualmente al hombre práctico, como resplandece en sus negocios y misiones políticas el gusto purificado del hombre práctico en la antigüedad.

Poco se sabe de su actividad política, aunque es de esperar que el riquísimo archivo municipal de Augsburgo revelará todavía muchos datos interesantes respecto de este hombre notable. Se sabe que en 1490 servía a su ciudad natal y poco tiempo después al emperador Maximiliano, porque este emperador mantenía tan estrechas relaciones con la ciudad de Augsburgo que durante treinta años (desde 1491 hasta 1518) pasaba en ella cada año más o menos tiempo, a veces muchas semanas, y ya para estas relaciones, ya para sus múltiples y complicados negocios extranjeros, no podía haber encontrado un agente más a propósito, más práctico y diestro, más fiel y más universal que Peutinger, que era grande orador y manejaba la pluma con más habilidad aun que la palabra. El emperador pronto supo apreciar todo su mérito y le envió ya como embajador, ya como secretario a Hungría, Italia, Inglaterra y a los Países Bajos, en cuyas funciones tenía que oír discursos de recepción ó pronunciarlos, para lo cual le servía su conocimiento del latín, que era entonces la lengua de la diplomacia. En todas estas misiones su constante fin fué servir a su soberano y hacer honor a su patria alemana. Como funcionario del municipio de Augsburgo y consejero y agente del emperador, consiguió ventajas para su ciudad patria y para el emperador, zanjando las diferencias que solían nacer entre ambos y conciliando los extremos. Igualmente las obtuvo para sus parientes, los jefes de la célebre casa de comercio Welser, y para sí por su parte correspondiente de botín en las guerras del emperador, cuya parte consistía en los antiguos manuscritos que la tropa encontraba. También le consultaba el emperador en asuntos artísticos y literarios; así le nombró censor que suprimiera en los escritos las alabanzas exageradas del emperador ó las expresiones poco convenientes; él fué el encargado de presentar a Maximiliano una lista de nombres antiguos para bautizar los cañones que hacía fundir, y tuvo la comisión de buscar y proponer los artistas más aptos para las obras que el emperador quería ejecutar, como el mausoleo de Innsbruck y las viñetas de sus obras *Teurdank* y *Weiskunig*. Además coincidían los dos en su afición a la historia. Peutinger fué el primero que publicó obras históricas alemanas de la Edad media, entre ellas el «Libro de los Emperadores» (*Liber augustalis* ó *De caesaribus*) pero su actividad principal se dirigió a coleccionar monedas, documentos y otros objetos de la antigüedad pagana y cristiana, y en 1505 publicó

una descripción de antigüedades que interesaban a la historia de Augsburgo. Todos estos tesoros, que reunía con grandes sacrificios é infatigable actividad, estaban destinados a servir de datos é ilustración para una historia de los emperadores de raza alemana, es decir, empezando por Carlo Magno, ó sea una historia de Alemania en la Edad media. La joya más preciosa de su colección era el célebre mapa romano de comunicaciones hecho en el siglo IV, y conocido de los geógrafos por la «tabla de Peutinger», *tabula Peutingeriana*, que encontrada por Celtes en Spira, le fué regalada por este amigo suyo.

La obra histórica más original de Peutinger son sus *Conversaciones de sobremesa* (*Sermones convivales*), conversaciones que acaso son las que tuvo realmente con sus amigos. Sea de esto lo que fuere, estas conversaciones nos introducen en aquella sociedad y nos revelan sus ideas, ocupaciones y preocupaciones; en ellas se trata de si era casado el apóstol San Pablo, de los viajes de los portugueses a la India, y de política inmediata; de si las ciudades en la orilla derecha del Rin, desde Estrasburgo hasta Colonia, habían estado desde César bajo el dominio de los franceses ó de los emperadores de Alemania, cuestión que habían tratado ya los literatos de Estrasburgo como Wimpeling y los suyos. No son estas conversaciones discusiones regulares, porque los interlocutores están ya acordados antes de empezarlas, y más tratándose de una cosa referente a Alemania, en cuyo favor los comensales citan pasajes de autores latinos, de alemanes contemporáneos conocidos, y hasta de italianos. También citan a Beroso, no obstante que entonces se expresaban ya dudas respecto de su autenticidad. En otra conversación se discute y rebate victoriosamente la pretensión envidiosa de que el arte de la imprenta había sido conocido antes en Italia y que los alemanes no habían hecho más que volverlo a inventar.

En cuanto al talento de historiador de Peutinger, no puede inferirse hasta dónde llegaba porque los trabajos que publicó son muy poco importantes para permitir formar un juicio correcto; quizás era más coleccionista que crítico y narrador, pero aunque no hubiese sido más que coleccionista, si hubiese podido reunir toda la vasta colección proyectada, habría contribuido mejor que con todos los escritos a la historia del siglo XVI.

Sábase también que el emperador consultó a Peutinger, en 1517, respecto de la conveniencia de permitir ó prohibir la publicación de aquellos escritos que ponían al alcance del pueblo los sagrados misterios de la religión; pero no se ha encontrado todavía el documento en que contestó a la consulta, bien que puede admitirse que su dictamen fué afirmativo, porque se inclinaba al partido de la reforma religiosa y criticaba apasionadamente el poder excesivo del clero, que tenía al pueblo en la ignorancia. Era también contrario al celibato eclesiástico, pues así se desprende de su modo de citar al apóstol San Pablo recalando sobre su estado de casado, y además hospedó en 1518 en su casa como amigo al mismo Lutero. Sin embargo, le aconsejó tres años después, como otros muchos amigos, que se retractara de su doctrina. En efecto, deseaba la introducción de reformas en la Iglesia, y tradujo en 1524 un escrito de Ecolampadio sobre la distribución de limosnas; escribió también un folleto sobre la Eucaristía, en cuya cuestión propuso un término medio entre Lutero, que la admitía bajo las dos formas, y Pirkheimer; pero todo esto lo hizo con la aprobación del abad Conrado, y para mayor claridad añadió expresamente «que nada sostenía que pudiera tacharse de irrespetuoso contra la Iglesia ni que fuese contrario a la fe católica.» Fué siempre buen católico, deseando reformas, pero pacíficas, y conservando

la libertad de su criterio propio, que era contrario a una revolución religiosa.

Peutinger fué el centro de una cohorte de humanistas entre los cuales merecen citarse dos. El primero es Otomaro Luscinius (en realidad *Nachtigall*), que vivió desde 1487 hasta 1537, discípulo de Wimpeling, cuyas ideas alsacianas representó dignamente en Augsburgo. Era buen latinista y

excelente grecista, universal para su época, narrador chistoso, músico, teólogo y jurista. Clérigo sin partido ni opiniones fijas, criticaba a los eclesiásticos, defendía a los humanistas, condenaba la escolástica, recomendaba la lectura de la Biblia, atacaba a Lutero, y era en fin un talento notable pero versátil, sin principios ni constancia, por cuya razón no ejerció influencia alguna en el movimiento intelectual de su



BILIBALDI · PIRKEYMHERI · EFFIGIES
· AETATIS · SYAE · ANNO · L · III ·
VIVITVR · INGENIO · CAETERA · MORTIS ·
· ERVNT ·
· M · D · XX · IV ·

Willibaldo Pirckheimer. Grabado en cobre de Alberto Durero

tiempo. El otro fué Bernardo Adelman (1457-1523), partidario decidido del humanismo y de la reforma religiosa, querido de los grandes por lo primero, y atacado con violencia por los papistas; pero no era hombre de lucha, sino apto solamente para entregarse al estudio pacífico y a la sociedad de compañeros de idénticas aficiones; y así como no fué bueno para tomar parte en las grandes luchas literarias, tampoco lo fué para asuntos prácticos ni para crear obras, a pesar de no ser tonto ni torpe.

Existe del grupo de Peutinger una pequeña colección de poesías que los concurrentes a su domicilio dedicaron al

consejero imperial Blas Hölzel ó Hölcelius, íntimo amigo de Peutinger y hombre generoso que daba a aquellos poetas abundantes banquetes, con no menos abundantes bebidas, amén de otros regalos. Con esto se granjeó las simpatías de sus comensales, que no se cansaban de alabar su munificencia, su amor a las letras, su habilidad diplomática y otros méritos. Esta colección, a la cual contribuyeron literatos forasteros que procuraban igualmente alcanzar algún favor, y el mismo Peutinger con una carta, fué impresa en Augsburgo en 1518, durante la reunión del parlamento alemán, en el cual tomaron parte, como de costumbre, los magnates, los